

EL LARGO PRESENTE DEL DOLOR FÍSICO. CINCO LEYES DE LA TEMPORALIDAD ADOLORIDA

THE LONG PRESENT OF PHYSICAL PAIN.
FIVE LAWS OF SORROWED TEMPORALITY

AGUSTÍN SERRANO DE HARO¹

Abstract: The article aims at formulating five essential laws that could serve to characterize the peculiar immanent temporality of physical pain. The first three laws are common to numerous experiences of consciousness: cursive nature of pain, or no instantaneousness of the phenomenon; current nature of pain, in the sense that the previous retention course is not additively added to the suffering impression; changing character of every painful process, which never stays still. The fourth law refers to how the painful present does not integrate its own past in a coherent display, but rather results in a long now that flows awkwardly, stagnant over itself while excited or urged. Pain do not lack a “temporary figure”, but it decomposes time at every moment and is essentially arrhythmic. The fifth law assumes a particular contingency in the effective duration of pain, which may be equally short-lived, brief, or endless. The last two laws, deeply “anti-musical,” allow us to speak of an amorphous temporality of suffering.

Keywords: Physical pain; Temporality; Temporal figure; Amorphous present.

Resumen: El artículo aspira a formular cinco leyes de esencia que sirvan para caracterizar la peculiar temporalidad immanente del dolor físico. Las tres primeras son comunes a numerosas vivencias de conciencia: carácter cursivo del dolor, o no instantaneidad del fenómeno; carácter actual del dolor, en el

Resumo: O artigo pretende formular cinco leis essenciais que possam servir para caracterizar a temporalidade imanente peculiar da dor física. As três primeiras leis são comuns a inúmeras experiências de consciência: natureza cursiva da dor, ou não instantaneidade do fenómeno; natureza atual da dor, no

¹ Científico titular en el IFS, CSIC – Madrid. Email: agustin.serrano@cchs.csic.es
ORCID: 0000-0002-3020-5782

Este artículo se inscribe en los trabajos del Proyecto de Investigación Fenomenología del cuerpo y análisis del dolor II FFI 2017-82272P (Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia, Ministerio de Economía, Industria y Competitividad).

sentido de que el curso retencional previo no se agrega aditivamente a la impresión doliente; carácter cambiante de todo proceso doloroso, que nunca para quieto. La cuarta ley hace alusión a cómo el presente doloroso no se integra con su propio pasado en un despliegue coherente, sino que más bien da lugar a un ahora largo que fluye con torpeza, estancado sobre sí a la vez que excitado o urgido. Los dolores no carecen de “figura temporal”, pero ésta se descompone a cada momento y es esencialmente arrítmica. La quinta ley asume una particular contingencia en la duración efectiva de los dolores, que igual de bien pueden ser efímeros, brevísimos, o inacabables. Las dos últimas leyes, profundamente “anti-musicales”, permiten hablar de una temporalidad amorfa del sufrimiento.

Palabras clave: Dolor físico; Temporalidad; Figura temporal; Presente amorfo.

sentido em que o decurso anterior de retenção não é adicionado de forma cumulativa à impressão de sofrimento; caráter mutável de todo processo doloroso, que nunca pára. A quarta lei refere-se a como o presente doloroso não se integra ao seu próprio passado numa manifestação coerente, mas resulta num longo agora que flui desajeitadamente, ora estagnando sobre si mesmo ora excitando ou persistindo. A dor não carece de uma “figura de tempo”, mas decompõem-na a todo o momento e é essencialmente arrítmica. A quinta lei assume uma contingência particular na duração efetiva da dor, que pode ser de curta duração, breve ou interminável. As duas últimas leis, profundamente “antimusicais”, permitem falar de uma temporalidade amorfa do sofrimento.

Palavras-chave: Dor física; Temporalidade; Figura temporal; Presente amorfo.

1. Tiempo inmanente y dolor

Los tratamientos fenomenológicos de la temporalidad del dolor suelen tomar como punto de partida la idea general de que el dolor del cuerpo discurre siempre en un tiempo inmanente; es decir, en una temporalidad que es interna a la propia experiencia. El surgimiento y el cese de una dolencia física, y entre medias su trascurso temporal, son un dato inmediato con el que cuenta la persona concernida por el dolor y al que ella tiene acceso por el hecho mismo de vivirlo, por ser ella quien experimenta desde dentro la ingrata perturbación. Solo el sujeto que padece un dolor tiene la noticia cierta de la temporalidad del proceso, y en principio parece que si careciera de esta constancia evidente su dolor sencillamente no existiría. Un dolor físico que yo no advirtiera iniciarse en mí, cuyo avance no notara, cuyo fin no saludara, sería justamente el dolor que no ha empezado a ocurrirme, que todavía no existe. Es verdad que no solo la duración del hecho sino todas las propiedades primarias del dolor físico parecen compartir esta imposibilidad de existir de incógnito, esta necesidad de existir conscientemente. También la inten-

sidad con que la afección dolorosa crece o decrece, o bien su localización en el cuerpo vivido, la ubicación en que yo siento el pinchazo o la presión, son informaciones primordiales que se dan con inmediata evidencia a quien está pasando por la experiencia y solo mientras está pasando por ella. Podría añadirse de nuevo que, a diferencia de la herida o la lesión, que pueden camuflarse y subsistir a escondidas, es imposible vivir una situación de dolor y no tener conciencia de cuál es su lugar en mi cuerpo o cuál su virulencia ascendente o descendente. La consecuencia habitual de este planteamiento es también conocida, y consiste en señalar que el tiempo que nos sirve para medir los cambios y sucesiones de los fenómenos naturales y para fijar las obligaciones sociales, este tiempo objetivo es ajeno, extraño a la temporalidad del dolor. El tiempo de los relojes, que se compone de segundos iguales, que se halla dotado de una estructura fija, que depara magnitudes cotejables, poco o nada tiene que ver con la temporalidad del sufriente, para quien unos minutos objetivos pueden resultar una hora, y una hora objetiva una eternidad. La hora eterna del padecimiento en vivo presentará además un aspecto incomparable con el avance homogéneo e indiferente de las manecillas de un aparato o los números de una máquina.

Destacados fenomenólogos de la experiencia del dolor, un Drew Leder², una Kay Toombs³, un Saulius Geniusas⁴, por citar nombres de primer relieve, han defendido con claridad esta inmanencia del tiempo en que discurre la migraña, la lumbalgia, el dolor de muelas, o cualquier otro dolor de cuya etiología y tipología puedo no saber nada o puedo equivocarme en todo. Mi contribución en este texto parte de este principio general de inmanencia, pero se propone más bien esbozar una serie de leyes fenomenológicas de la temporalidad inmanente del dolor. Como ha sugerido con acierto Saulius Geniusas, se trata sobre todo de precisar, al menos de perfilar la configuración temporal específica del tiempo del dolor. ¿Cuál es la articulación peculiar que las experiencias dolorosas confieren al discurrir cualitativo de la vida? ¿Cómo se distingue el tiempo del padecimiento del de otras vivencias también inmanentes, tal como pueden ser el gozo, la espera, el aburrimiento, o simplemente la normalidad calmada de lo cotidiano?

² Por ejemplo, Drew Leder, "Toward a Phenomenology of Pain", in *Review of Existential Psychology and Psychiatry* 19, 50–51 (1984) y "The Experiential Paradoxes of Pain, in *Journal of Medicine and Philosophy* 41 (2016).

³ Por ejemplo Kay Toombs, *The Meaning of Illness* (Dordrecht: Kluwer, 1992), cap. I, y "The Temporality of Illness: Four Levels of Experience", in *Theoretical Medicine* 11 (1990).

⁴ Por ejemplo Saulius Geniusas. *Phenomenology of Pain* (Ohio: University Press, 2020), cap. IV.

Sin duda que serían convenientes aquí consideraciones metodológicas más detenidas y cuidadosas, pero en lo que sigue prefiero yo avanzar un breve análisis de cinco “axiomas” relativos a la temporalidad inmanente del dolor. Prestan estas leyes de esencia una primera concreción a la idea de que justamente el dolor del cuerpo, aunque quizá también el dolor del alma, el sufrimiento de la existencia, desarticulan de una manera peculiar y característica la experiencia inmanente del tiempo.

2. Tres primeras leyes acerca de la temporalidad del dolor físico

El primer axioma, absolutamente elemental, acerca de la temporalidad del dolor asume que todo dolor es por principio un curso temporal. Dicho negativamente, no cabe un dolor instantáneo, en el sentido estricto de que con solo surgir hubiera ya también cesado; con solo aparecer, *ipso facto* desaparecido. Por breve que sea el hecho, por nula que sea su huella, una sucesión mínima de momentos álgicos da lugar a una continuidad en distensión. Aunque presionemos a la fantasía a comprimir al máximo la extensión temporal del dolor, el comienzo y el final no pueden solaparse en ningún caso imaginable. Es cierto que usamos metáforas ambiguas del tipo “un relámpago de dolor”, y que la neurofisiología habla de “dolores fásicos”, y que los relojes cada vez más potentes de la ciencia medirán reacciones cerebrales en unidades de microsegundos, las cuales habrán luego de descomponerse en subunidades aún más pequeñas, etc. Pero en la experiencia vivida el instante inicial de la irrupción dolorosa pierde al punto el valor de novedad y es retenido en los momentos subsiguientes. Este retroceso consciente se produce en continuidad con nuevos momentos en que el dolor traza una mínima curva unitaria y sigue vivo, por rápido que haya empezado a desinflarse. El pinchazo de una aguja, o bien esos pinchazos musculares que llamamos *agujetas*, se sienten surgir y luego pasar. Es decir, ellos pasan al pasado a la vez que transitan al siguiente presente, y nada podría experimentarse si la vivencia se autodestruyera en el mismo instante atómico en que se dio a conocer.

Esta primera ley de que el dolor constituye una distensión temporal debe hacerse valer frente a algunas tematizaciones filosóficas y fenomenológicas que atribuyen a los fenómenos de la sensibilidad un carácter temporal necesariamente atómico, puntiforme. Así ocurre en el planteamiento de Max Scheler, que defiende la naturaleza instantánea de todos “los datos de sensación”, y entre ellos la de los sentimientos sensibles o sensaciones afectivas como placeres o dolores. *El formalismo en la ética y la ética material de los valores* asume que “el sentimiento sensible es, por su esencia, puntual,

no tiene duración ni continuidad de sentido”⁵. Los datos de la sensación no entran en relaciones de intención y cumplimiento, que vinculen internamente las secuencias temporales en que aparecen, de tal suerte que por sí sola la sensación “no “apunta” hacia delante ni hacia atrás, carece de toda posible consecuencia emocional vivida, y ella misma no es “consecuencia vivida” de otras vivencias emocionales”⁶. Esta tesis aboca entonces al filósofo de Múnich a entender la distensión del dolor, bien como una mera contingencia, una prolongación que no tiene por qué producirse, bien como el resultado de una elaboración automática del yo, que prestará al material de la sensibilidad el hilo de continuidad del que de suyo carece. En oposición nítida a este enfoque, creo que debe defenderse, con Husserl, que todo dolor es un acontecimiento y que, como tal, presenta un curso unitario. Se trata por tanto, cuando menos, de una microsucesión. Y esta exigencia no depende de accidentes contingentes ni la impone un yo activo, sino que remite a la propia conciencia del tiempo que es interna a las vivencias. Entre las no demasiado abundantes referencias de Husserl al dolor sí se cuenta una declaración rotunda en favor de esta primera ley:

Es seguro que todo lo que la reflexión alcanza a captar tiene su forma temporal en la captación; una vez captado se mantiene, pues, idéntico, mientras se lo encuentra desde luego en un ‘flujo’ de modos de darse él mismo. Si atendemos a un dato de dolor o a un agrado estético, captamos un acontecimiento; captamos algo que posee tales y cuales fases de manera continuada, y este continuo de fases es un continuo de tiempo: cada una de ellas entra en escena, se sumerge en el pasado, y al sumergirse permanece consciente como la misma fase, solo que dándose de distinto modo⁷.

Una segunda ley de carácter también evidente, y quizá por ello nunca destacada de manera adecuada, conecta de inmediato con la primera. Estriba ella en que el trecho recién pasado de una vivencia de dolor carece, sin embargo, de eficacia dolorosa. Solo duele la impresión álgica presente, no las retenciones inmediatas de los momentos previos de dolor. Entre ambos factores de la conciencia del tiempo, a saber: la cabeza de puente de la impresión actual y la cola de cometa de las retenciones por la que declinan los ahoras recién vividos, hay no solo una concurrencia necesaria sino una integración radical, y en virtud de esta copertenencia yo siento un curso continuo de do-

⁵ Max Scheler, *Der Formalismus in der Ethik und die materiale Wertethik* (Bern: A. Francke AG, 1980 [1916]), 337. Las traducciones son mías. (Hay trad. española de Hilario Rodríguez Sanz: *Ética*, Madrid, Caparrós, 2001, 452.)

⁶ Scheler, *Der Formalismus*, 337.

⁷ *Husserliana XXXIII. Die Bernauer Manuskripte über das Zeitbewusstsein (1917/18)*, (Dordrecht/Boston/London: Kluwer, 2001), 196.

lor, el ingrato avance del acontecimiento. Lo que esta ley afirma es entonces que el tramo de dolor recién vivido no incrementa la afección presente, no se suma aditivamente al doler efectivo del instante actual. El hecho no deja de ganar un pasado fresco, que todo él es doloroso, mas las fases pasadas y aún conscientes de este curso no añaden dolor a la pura actualidad.

Con esta segunda ley se trata también de una legalidad genérica de la conciencia interna del tiempo antes que de una peculiaridad exclusiva de esta precisa vivencia. Como es sabido, la audición de melodías y de cursos sonoros ha sido siempre un ejemplo predilecto de los análisis fenomenológicos a estos respectos. Y en la percepción de formaciones sonoras se observa cómo los acordes o sonidos previos no siguen sonando en el presente actual, siquiera fuera con un pequeño debilitamiento. El fragmento recién escuchado de la melodía, el verso anterior de la canción, perviven en mi conciencia como lo que acaba de sonar que está retrocediendo al pasado, pero no por ello repiten su potencia acústica. De pervivir tales fragmentos como sonidos “en” el presente, como ecos debilitados que siguen sonando, no se produciría el progreso de la melodía o del canto, que se vería sustituido por una fusión acústica de lo recién oído con lo que justo ahora oigo; en vez de sucesión, habría un macroacorde, y éste se ampliaría con cada nuevo ahora, y enseguida resultaría atronador. De manera muy similar, el momento de dolor que acabo de vivir, del que brota la actualidad doliente, del que mantengo conciencia como trecho pasado, no se vuelca aditivamente sobre el dolor actual, para así fundirse y confundirse con el *punctum dolens* que estoy sufriendo. También aquí semejante incorporación sumativa no haría sino convertir a un pequeño dolor que se prolongue, en un dolor de magnitud mucho mayor; con lo que un dolor llevadero se tornaría de inmediato una perturbación severa, y ésta quizá, con solo durar un poco más, se tornaría en dolor extremo; o también, en la otra dirección de la intensidad, la adición retencional convertiría un dolor decreciente en uno todavía siempre creciente por este aluvión inerte de su propio pasado. Pero no se necesitan argumentos. El hecho descriptivo estriba en que el paciente aquejado siente crecer o decrecer su afección porque la patencia impresional del dolor en el presente vivo contrasta por sí sola con la propia patencia retencional en el pasado inmediato.

Sobre la base de estas dos primeras leyes de esencia se entrevé una tercera afirmación necesaria, que más bien subraya la inestabilidad o movilidad característica del dolor físico. Los dolores no saben durar idénticos e invariables, sino que cambian casi constantemente; ellos desconocen el reposo, no paran quietos. Un dolor individual es, pues, una secuencia de cambios temporales, nunca un estado en reposo que se prolongue sin variación. Mas también esta tesis requiere de algunas matizaciones.

La nueva ley nace de tomar en consideración una diferencia ontológica básica. Todo lo que fluye en el tiempo define, o bien una duración en el

sentido restringido de la persistencia sin mudanza, o bien una sucesión, también en el sentido más estricto de un proceso de cambio. En el primer supuesto, el contenido u objeto en cuestión no experimenta variaciones internas; al menos sus propiedades más características permanecen inmodificadas y acopian tiempo. En el segundo supuesto, el objeto cambia, el contenido atraviesa modificaciones relevantes, ya sean continuas, ya se intercale alguna fase discontinua de reposo. Pues bien, ante esta dicotomía básica, los fenómenos dolorosos parecen caer netamente, a mi modo de ver, del lado de los sucesos cambiantes. Su intensidad oscila, fluctúa, su ubicación experimenta desplazamientos frecuentes, el impacto sobre la atención acusa estos mismos cambios, la movilización del yo en auxilio de su cuerpo, que ya en sí misma es un cambio, busca también modificar la situación, etc. Y junto con estas características nucleares de intensidad, ubicación, impacto atencional conviven alteraciones de otros órdenes. Por ejemplo, las resonancias emocionales del dolor forman un amplísimo abanico de variaciones y disposiciones anímicas: temor, preocupación, fastidio ante el dolor, también en ocasiones rechazo, rabia. Ellas no solo cambian de un episodio a otro, sino que pueden, suelen variar a lo largo de las distintas fases temporales de un mismo episodio. En el límite se antoja imposible un dolor del cuerpo cuyo conjunto de cualidades haya quedado fijado desde su nacimiento y que, por tanto, tras perdurar idéntico un lapso de tiempo, luego, de pronto, desaparezca también sin proceso, tragado de nuevo por el cuerpo, como si fuera un mero pliegue de la piel que ésta reabsorbe. La agitación inquieta del dolor produce siempre una historia, ya sea una microhistoria de pequeñas variaciones.

La dificultad descriptiva que afronta esta tercera ley proviene, claro está, de los dolores llamados *sordos*, cuya secuencia de variación se ralentiza y cuya localización se estabiliza. En los dolores viscerales, en los musculares profundos, la agitación parece remansarse y aposentarse largo rato en una misma zona del cuerpo. Pero, a mi juicio, tampoco en estos casos deviene el dolor un estado de reposo, un contenido aquietado. Sin duda que en términos comparativos con los dolores *agudos* se observa un curso más estable, menos agitado. Pero repárese en que el tironeo del dolor sobre la atención no cesa y que produce sacudidas recurrentes de la afección, más o menos homogéneas: “un sordo y agotador pellizco”, “horas y horas de zarpazos”, en la descripción de un novelista español contemporáneo⁸. Quizá una simple molestia corporal sí pueda ser monótona, “monocorde”, un bajo continuo que apenas oscile mientras dure. Pero la mera prolongación uniforme, plana, de un dolor sordo determinaría más bien que la afección se aplacara, que “se durmiera” y que con ello dejara de morder al viviente. Por lo demás, podría sopesarse si los dolores sordos relativamente estables no suelen, ahora a la inversa de los

⁸ Caballero Bonald, *Dos días de setiembre* (Barcelona: Plaza & Janés, 1988 [1962]), 97.

agudos, ampliar las reacciones emocionales del yo y traer consigo una proliferación de estados anímicos acompañantes; en un mismo episodio de dolor que perviva, y precisamente porque pervive, al temor y a la preocupación pueden suceder sin tardanza el fastidio y el rechazo, y más adelante la rabia, y al cabo el desaliento y la desesperanza, en paralelo a los fracasos del yo por convivir con la afección duradera. Yo comparto por completo, en conclusión, el juicio genérico de Abraham Olivier de que “el dolor puede persistir. Y sin embargo, ningún dolor, ni siquiera el persistente es simplemente monótono. El dolor siempre cambia en el curso del tiempo”⁹.

3. La idea de una temporalidad amorfa

Contamos hasta aquí con el enunciado de tres leyes que, a mi juicio, poseen validez genérica: condición temporal del dolor, o no instantaneidad; condición actual, en el sentido estricto de la no agregación del curso doloroso previo; condición cambiante del proceso unitario, o no estabilidad. Pero esta tríada todavía está lejos de ofrecer una determinación específica del tiempo del dolor. Multitud de vivencias, seguramente la totalidad de las placenteras y gozosas, cumplen *mutatis mutandis* con estas mismas condiciones. También se atienen a ese marco todas las experiencias de percepción de movimiento que abundan en la fenomenología de la conciencia del tiempo: la visión del vuelo del pájaro en el jardín de una rama a otra, o de la galopada del caballo que veo en el campo o que veo en el cine, la melodía que escucho o que recuerdo, etc. El excéntrico *Monsieur Teste*, que salió del genio introspectivo de Paul Valéry, reprocharía a las leyes formuladas hasta ahora la escasa novedad que traen consigo. Encerrado en su habitación sin un solo libro, este filósofo mundano ya sabía, a base de introspección, que

el dolor es cosa muy musical, casi se puede hablar de él en términos musicales. Hay dolores graves y agudos, andantes y furiosos, notas prolongadas, calderones y arpegios y progresiones – silencios bruscos, etc...¹⁰.

Y los análisis de Sartre sobre la relación entre los accesos intermitentes, discontinuos, del dolor y mi sufrimiento unitario, que como una “cualidad melódica” les confiere un ritmo y tempo continuos, parecen moverse en una dirección similar¹¹. Ahora bien, de esta cosa tan fluyente que se presta a toda

⁹ Abraham Olivier, *Being in Pain*, (Frankfurt *et alii*: Peter Lang, 2007), 122.

¹⁰ Paul Valéry, *Monsieur Teste*, trad. de José Luis Arántegui (Madrid: La Balsa de la Medusa, 2008), 73.

¹¹ J. P. Sartre, *El ser y la nada*, trad. de Juan Valmar, (Buenos Aires: Losada, 1966 [1942]), 423-425.

suerte de metáforas musicales, pueden predicarse, a mi juicio, dos nuevas leyes eidéticas que sí arrojan la imagen de una configuración temporal muy única. De ellas resulta casi la figura diametralmente contraria de una sucesión que avance coherente según su sentido y cuya extensión total de tiempo esté, en consonancia, prefigurada, anticipada. En esta perspectiva que quiero ahora incorporar, a lo que menos se asemeja un curso doloroso es precisamente al despliegue de una melodía, y en general al desarrollo de una trayectoria, al curso sintético de un proceso. En un escrito anterior propuse yo para esta profunda anti-musicalidad, también anti-organicidad, la expresión *temporalidad amorfa de los dolores*¹², expresión que quiero ahora manejar como la fuente de los axiomas fenomenológicos cuarto y quinto. El cuarto defiende la noción de un presente largo del sufrimiento, y el quinto atiende a cómo este presente alargado no pone límites, no pone coto a la extensión de tiempo afectada.

En acusado contraste con multitud de fenómenos diacrónicos, que abarcan por igual movimientos percibidos y movimientos del propio cuerpo, el tiempo presente del sufrimiento físico no integra al pasado del que proviene en una figura temporal coherente o cohesionada, que se despliegue “unitariamente”, que avance en algún sentido progresivo. En lugar de fluir franco del pasado vivido hacia el futuro en ciernes, el ahora doloroso se retarda, se remansa, refluye; no es que se detenga, no es que cancele la distensión pasado-presente, más bien es una suerte de estancamiento en un presente largo y gravoso. El presente vivido en el dolor entra como en una espiral de repetición respecto del sufrir ya atravesado, pero a diferencia de las vivencias de aburrimiento, de tedio, en que los hechos insípidos caen a plomo sobre el presente sin suscitar la participación interesada del yo, el ánimo del paciente adolorido sí urge perentoriamente al cese de esta afección, que, sin embargo, perdura; y el ánimo sigue urgiendo a su fin, al menos a su declive, cuando tras un lapso de tiempo inmerso en el suceso doloroso, éste se mantiene. Por este estancamiento en el presente el dolor resulta profundamente antimusical. Nosotros oímos las piezas musicales “hacia adelante”, integrando el pasado y futurizando la percepción, no porque nos detengamos a imaginar los sonidos inminentes, pues que tampoco necesitamos rememorar los que acabamos de escuchar, sino porque el presente vivo, grávido de pasado fresco, prefigura el ritmo de aparición de las frases siguientes, las variaciones a que tiende el volumen sonoro, un cierto aire del colorido musical, etc. El oyente, su escucha, su ánimo es llevado, es transportado – decimos a veces – por el avance de la pieza musical, ya que ésta, aun con márgenes de indeterminación, con posibilidades de sorpresa, jugando con el contraste, sigue unas líneas

¹² Agustín Serrano de Haro, “Atención y dolor. Análisis fenomenológico”, en *ID* (ed.), *Cuerpo vivido*, (Madrid: Encuentro, 2010), 159-160.

internas de motivación y despliegue. La diferencia profunda con el fenómeno del dolor dimanaría, a mi entender, de que la potencia o prepotencia de la afección dolorosa deja al viviente enredado, varado en una distensión que se mueve con torpeza, como refluyendo sobre sí. El ánimo queda prendido en un presente que ni siente a su espalda el impulso del pasado inmediato, ni tampoco va de brazos abiertos al encuentro del devenir inmediato, según la metáfora de Husserl. Si no son demasiados los juegos de palabras, cabría decir que el dolor, en vez de futurizo, es presentizo, exceso de presencia y de presente.

Distintos fenomenólogos han buscado recoger de manera adecuada esta peculiar torsión de la experiencia del tiempo en el dolor. Y, con distintos matices, todos ellos apuntan a esta idea básica de un “ahora que se extiende largo”, un presente que “se contrae” sobre sí mismo. Estas expresiones son de hecho traducción mía de las que propone Abraham Olivier en su obra *Being in Pain* (a long lasting now, a long standing present, a contracting or extending present)¹³. También Kay Toombs o John Brough han hecho aportaciones similares y recurrido a metáforas parecidas: coalescencia de pasado y de futuro¹⁴; tiempo inmanente que discurre “a la deriva” (adrift) y frente al cual veo seguir fluyendo a mi alrededor los sucesos¹⁵. Permítaseme añadir que, en mi opinión, nadie ha plasmado de manera intuitiva esta estructura desestructurada de la experiencia del tiempo con la intensidad de Oscar Wilde, en su *De Profundis* desde la cárcel de Reading. Lo cual por cierto viene a sugerir que la aflicción de la existencia, el dolor del alma, comparte, en punto a la experiencia del tiempo, aspectos decisivos con el dolor del cuerpo. El fragmento memorable dice:

Todos esto [los hechos del procesamiento y encarcelamiento] tuvo lugar a principios de noviembre del año antepasado. Un gran río de vida fluye entre mí y una fecha tan distante. Pero nada o apenas algo acierta uno a ver a través de páramo tan vasto. Para mí todo parece haber ocurrido no ya ayer sino hoy. El sufrimiento es un solo momento muy largo. No podemos dividirlo en estaciones. Solo podemos anotar sus estados de ánimo, y hacer la crónica de su retorno. Con nosotros el tiempo no progresa. Gira sobre sí. Parece trazar círculos en torno a un solo centro del dolor. La inmovilidad paralizante de una vida cuyas circunstancias todas se regulan según un patón inamovible, de modo que comemos y bebemos y yacemos y oramos, o al menos nos

¹³ Serrano de Haro, “Atención y dolor...”, 108-109, 113-114.

¹⁴ Toombs, “The Temporality of Illness: Four Levels of Experience”, in *Theoretical Medicine* 11 (1990), 237.

¹⁵ Brough “Temporality and Illness: A Phenomenological Perspective”, in: S. K. Toombs (ed.), *Handbook of Phenomenology and Medicine* (Dordrecht: Kluwer, 2001), 39-40.

arrodillamos para orar, según las leyes inflexibles de una fórmula férrea: esta cualidad inmóvil, que hace de cada día terrible uno igual a su hermano hasta en el menor detalle, parece comunicarse a esas fuerzas externas cuya misma esencia es el cambio incesante¹⁶.

Los trabajos de Jérôme Porée iluminan en particular esta honda concordancia de fondo entre la temporalidad del dolor *físico*, que es del propio yo, y el llamado dolor *emocional*, que es asimismo de la vida del yo corporal¹⁷. Por mi parte, en el plano más básico, creo que la noción husserliana de “figura temporal”, poco estudiada en términos generales, sería muy aprovechable en relación con este cuarto axioma. En el continuo incesante del tiempo surge, de acuerdo con Husserl, una determinada figura cada vez que el despliegue de unos contenidos cualitativos o de un cambio espacial o de unos procesos corporales se produce a uno u otro ritmo¹⁸. Según la secuencia sea más viva o más lenta, más continua o más discontinua, más uniforme o más abrupta, se articula una configuración temporal del suceso, que por sí sola se hace presente y destaca; “salta a la vista”, como en la galopada de un caballo o en su simple trote, o bien “salta al oído”, como en las variaciones del tempo *andante o allegro* de una melodía, o incluso salta a la vez a la vista, al oído y al movimiento corporal, como en la danza contemplada o ejecutada. El hecho engendra su estela temporal, que se dibuja sobre la marcha con la misma inmediatez con que en el reposo se me da un dibujo acabado, una figura espacial. Husserl defiende incluso que la propia permanencia estable de algo se percibe en una estela de duración que supone una síntesis temporal. Así las cosas, este cuarto axioma del ahora estancado no niega que el padecimiento físico tenga una figura temporal, sino que afirma que tal figura tiende a ser amorfa, que ella se deshilacha con cada nuevo presente de dolor y que el viviente experimenta en persona esta descomposición. En agudo contraste ahora con los movimientos corporales, de la respiración, del pulso, de los ciclos de carencia y satisfacción, etc., el dolor del cuerpo es arrítmico; va y viene a su albur, cambia, oscila casi por principio (tercer axioma) pero tal cambio no se deja pautar ni prever por su pasado. Ora carece de toda cadencia, ora su acusada inestabilidad puede en cualquier momento alterar

¹⁶ Oscar Wilde, *De Profundis and Other Writings* (London: Penguin Books, 1982), 140-141. La traducción es mía.

¹⁷ Pienso sobre todo en Jérôme Porée, “L’épreuve du temps. Souffrance et maintien de la personne”, en *Sociétés* 76 (2002/2), 17-32, y en la descripción de los sufrimientos absorbentes, melancólicos u oncológicos, como un “aplastamiento de la temporalidad entera sobre lo que podría llamarse un *presente absoluto*”, que “se des-cronologiza”, que pierde toda referencia de límites.

¹⁸ Husserl, *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, trad. de Agustín Serrano de Haro (Madrid: Trotta, 2002), 44-45, 48-49, 143-144.

la cadencia iniciada; y en ambos supuestos es el ahora excitado por el sufrimiento y a la vez refrenado, lleno de sí, lo que impera. De manera semejante a cómo un revoltijo de cosas heteróclitas es, con todo, un tipo peculiar de orden espacial, esta figura estancada del sufrimiento es también un despliegue temporal amorfo.

Merece incluso observarse cómo el cuerpo dolorido acude por principio, estructuralmente, en auxilio de sí mismo, y ésta es la primera práctica del cuidado, el origen absoluto de la medicina y la enfermería. Una parte de mi cuerpo socorre a esa otra parte sufriente, con caricias, frotos, soplidos, presiones; en suma, con unos movimientos intencionados, intencionales, que ante todo han de ser contenidos, medidos, pautados. Estas acciones lenitivas de auxilio poseen, claro está, una figura temporal delicada, un ritmo interno imprescindible de aplicación y variación, mientras que, bajo él, el dolor que se busca aliviar puede dejarse controlar o puede muy bien prolongar su presente y agitarlo más, en la tensión errática del curso amorfo. Lo cual nos conduce ya al quinto y último axioma que quisiera yo esbozar en esquema.

Pues hay, en efecto, un ulterior aspecto amorfo de la temporalidad del dolor que no tiene que ver tanto con su estructura genérica, cuanto con una especial contingencia en cuya virtud un proceso doloroso no requiere de suyo una extensión temporal determinada en detrimento de otra u otras. La afección dolorosa admite la brevedad extrema con la misma naturalidad, si puedo decirlo así, con que admite la prolongación casi inacabable: el episodio puede resultar fugaz, efímero, igual de bien que puede devenir larguísimo, indefinido. En todo momento, con solo haberse iniciado, el dolor está ya listo para declinar y desaparecer, y habrá cumplido un curso completo; no se habrá en rigor interrumpido, sino que sencillamente habrá acabado. Pero, por la misma razón, el dolor es también en todo momento capaz de pervivir, de proseguir su curso, de oscilar, acaso también de crecer; está igualmente listo para ampliar su recorrido en el tiempo. Fuera de no poder ser instantáneo y de ser inquieto, de tener que cambiar, el dolor carece de toda duración acorde o concorde con su esencia; cualquier medida de tiempo le es propia, ninguna en particular¹⁹. Y este peculiar estatuto temporal, completo con solo haber empezado y ya de inmediato sobrante, no puede resultar, a mi entender, “menos musical”, menos orgánico.

La indefinición intrínseca de la extensión temporal como quinto axioma arroja, a mi juicio, una luz indirecta sobre la comprensión del dolor crónico. Desde luego que el padecimiento crónico puede primero analizarse como

¹⁹ Apenas exige comentario el hecho de que “duración” se emplee ahora no en el sentido más restringido del tercer axioma, en contraposición a las sucesiones, sino en el sentido amplio de la extensión de tiempo por el que también los procesos de cambio, las sucesiones, se dilatan en una mayor o menor medida.

una serie de episodios recurrentes, cada uno dotado de una figura temporal y de una duración propia, y ambas amorfas. Pero la profunda afinidad en la experiencia del paciente de unos episodios con otros, la asociación inmediata, pasiva, que se trama entre ellos, hacen que la perduración del dolor se le presente al paciente como un horizonte único y uniforme de tiempo sin rumbo, sin ritmo, una llanura sin fronteras. La contingencia como accidentalidad de la duración de un dolor cobra aquí la revelación de que su medida puede coincidir con etapas enteras de la existencia, acaso con la integridad de ella²⁰.

4. Conclusión

A la luz de las cinco determinaciones presentadas parece perfilarse con fuerza la imposibilidad de asumir una contraposición fuerte entre la estructura temporal de nuestra experiencia y el contenido mismo que llena esta estructura. En la temporalidad adolorida desaparece la dualidad rígida, al modo de Kant, también de algunos textos de Husserl, entre la legalidad del flujo de conciencia y la variación de lo que en él fluye, entre la forma temporal *a priori* y la materia *a posteriori*. Es verdad que el dolor extremo, siendo capaz, tal como subrayaba Elaine Scarry, de bloquear nuestra percepción sensible del mundo, capaz incluso, según ella, de anular cualquier otro contenido coexistente en la conciencia²¹, no llega a paralizar, sin embargo, la estructura temporal del vivir. Ni siquiera el dolor total del cuerpo o del alma nos sacan del tiempo inmanente. Pero, por otro lado, es la propia estructura temporal de la experiencia la que sufre la distorsión severa que causa el sufrimiento, como si también el presente en curso se convirtiera en un guñapo que, más que pervivir, malvive una vez alcanzados determinados grados de virulencia; Porée habla de una “transformación interna del sentido de la temporalidad”, que no es una mera “alteración” de ella²². Conviene observar asimismo que los dolores físicos insoportables limitan con el enigma de la pérdida de conciencia; el viviente se desvanece, se hunde en un estado de pasividad más

²⁰ El sobrecogedor poema de Emily Dickinson “La intemporalidad del dolor” (“Timelessness of pain”), que con mucha frecuencia se cita en meditaciones de este corte, plasmaría, en mi esquema particular, esta reunión terrible de los dos axiomas de la temporalidad amorfa: “El dolor tiene algo de hueco;/ No puede recordar/ cuándo empezó o si hubo/un día en que él no estuviera. //No tiene otro futuro que sí mismo./ Sus dominios infinitos contienen/ su pasado, iluminado para percibir/ nuevos periodos de dolor”.

²¹ E. Scarry, *Body in Pain. The Making and Unmaking of the World* (Oxford: Oxford University Press, 1985), 54.

²² Porée, “L’épreuve du temps”, 26.

hondo que el sueño. Y en el desmayo el sufriente pierde por igual la sensibilidad al dolor y la conciencia del tiempo, quedando inerte ante el posible daño para el propio organismo²³.

Con solo estirar la meditación iniciada se tocan de inmediato, pues, asuntos de una notable gravedad e indudable dificultad. Pero yo quisiera concluir evocando que la fenomenología de inspiración husserliana es por principio una filosofía que, en efecto, no calumnia a la vida. En cierto modo peculiar, el radicalismo filosófico al que Husserl invita se deja enseñar por la vida y no anticipa, mucho menos en asuntos tan delicados, ninguna ontología de la muerte, ninguna prevalencia del sinsentido.

Bibliografía

- Bonald, Caballero. *Dos días de setiembre* (Barcelona: Plaza & Janés, 1988 [1962]).
- Brough, John. “Temporality and Illness: A Phenomenological Perspective”, in: S. K. Toombs (ed.), *Handbook of Phenomenology and Medicine* (Dordrecht: Kluwer, 2001), 39-40.
- de Haro, Agustín Serrano. “Atención y dolor. Análisis fenomenológico”, en ID (ed.), *Cuerpo vivido*, (Madrid: Encuentro, 2010).
- Geniusas, Saulius. *Phenomenology of Pain* (Ohio: University Press, 2020).
- Husserl, E. *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, trad. de Agustín Serrano de Haro (Madrid: Trotta, 2002).
- Husserliana XXXXIII. Die Bernauer Manuskripte über das Zeitbewusstsein (1917/18)*, (Dordrecht/Boston/London: Kluwer, 2001).
- Leder, Drew. “Toward a Phenomenology of Pain”, in *Review of Existential Psychology and Psychiatry* 19, 50–51 (1984) y “The Experiential Paradoxes of Pain, in *Journal of Medicine and Philosophy* 41 (2016).
- Olivier, Abraham. *Being in Pain*, (Frankfurt et alii: Peter Lang, 2007).
- Porée, Jérôme. “L’épreuve du temps. Souffrance et maintien de la personne”, en *Sociétés* 76 (2002/2), 17-32.
- Sartre, Jean-Paul. *El ser y la nada*, trad. de Juan Valmar, (Buenos Aires: Losada, 1966 [1942]), 423-425.
- Scarry, Elaine. *Body in Pain. The Making and Unmaking of the World* (Oxford: Oxford University Press, 1985), 54.
- Scheler, Max. *Der Formalismus in der Ethik und die materiale Wertethik* (Berna: A. Francke AG, 1980 [1916]), 337. Las traducciones son mías. (Hay trad. española de Hilario Rodríguez Sanz: *Ética*, Madrid, Caparrós, 2001).
- Toombs, Kay. *The Meaning of Illness* (Dordrecht: Kluwer, 1992), cap. I, y “The Temporality of Illness: Four Levels of Experience”, in *Theoretical Medicine* 11 (1990).
- _____. “The Temporality of Illness: Four Levels of Experience”, in *Theoretical Medicine* 11 (1990), 237.

²³ Serrano de Haro, “Atención y dolor”, 145-146.

Valéry, Paul. *Monsieur Teste*, trad. de José Luis Arántegui (Madrid: La Balsa de la Medusa, 2008).

Wilde, Oscar. *De Profundis and Other Writings* (London: Penguin Books, 1982).

